

862
9
PQ 7297
.D3
M6
V.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Teatro
Griego

08758



Prometeo
encadenado

PROMETEO

¡Oh divino éther, y alígeras auras,
y fuentes de los ríos, y perpetua risa
de las marinas ondas; y tierra, madre
común, y tú, ojo del sol omnividente;
yo os invoco! Vedme cuál padezco,
dios como soy, por obra de los dio-
ses. Contemplad cargado de qué
oprobios lucharé por espacio de años
infinito. Tal infame cadena tuvo pa-
ra mí el rey de los felices. ¡Ay! ¡que
lamento el mal presente y también el
futuro! ¿Cuándo asomará el término

de mis penas? Mas ¿qué digo? Cuan-
to ha de suceder, bien lo sé de ante-
mano: ningún mal inesperado me
avendrá. Forzoso me es llevar mi
destino lo mejor que pueda, como
quien conoce que el rigor del hado
es invencible. Con todo ello ni puedo
hablar de mis desdichas, ni soy pode-
roso a callarlas. Sin ventura yo que,
dispensando favores a los mortales,
sufro ahora el yugo de este suplicio.
Tomé en hueca caña la furtiva chispa,
madre del fuego; lució, maestro de
toda industria, comodidad grande pa-
ra los mortales; y de esta suerte pago
la pena de mis delitos, puesto al raso
y en prisiones. ¡Ay de mí! ¿Qué ru-
mor, qué invisible perfume me en-
vuelve con sus alas? ¿Es divino o
mortal, o uno y otro? ¿Viene a esta
postrera roca de espectador de mis
males, o qué quiere en fin? ¡Miradme
encadenado, dios infeliz, enemigo de
Zeus, hecho el odio de cuantos pisan
su estancia, por mi extremado amor
a los mortales! ¡Ah! ¿Qué ruido de
aves oigo otra vez junto a mí? Susu-
rra el aire con el leve meneo de sus
alas. Cuanto se me acerca, póneme
espanto.

ESQUILO.



Los siete contra Tebas

TERROR DE LA CIUDAD SITIADA

CORO DE JOVENES TEBANAS

¡Cuántos males nos amenazan! Un
ejército entero sale de su campo; nu-
merosos escuadrones marchan a su
cabeza. El polvo que obscurece los
aires no nos permite dudarlo. Todo
se despierta al ruido de las armas;
gritos penetrantes llegan hasta nos-
otras. Se les oye de tan lejos como a
esos torrentes impetuosos que caen
con estruendo desde lo alto de las
rocas. ¡Ay! ¡ay! ¡oh dioses! ¡oh diosas!
apartad de nosotras tan grandes des-

gracias. Los clamores de los Argivos, el orden de sus tropas, el brillo de sus armaduras, causan el espanto en nuestras murallas. ¿Quién de vosotros nos libertará? ¿quién será nuestro defensor? ¿ante qué altares iremos a prosternarnos?

Ha llegado el momento de correr a los templos ¿a qué aguardamos, desgraciadas de nosotras? ¿qué sonido hiere nuestros oídos? ¿no es el choque de los escudos? ¿en qué ocasión más triste nos cubriríamos de velos y de coronas? ¡qué ruido de picas y de dardos! ¡Antigua divinidad de estos lugares ¡oh Marte! ¿abandonarás esta región que te pertenece? lanza tus miradas sobre una ciudad que te fue en otro tiempo tan querida. Dioses tutelares de nuestros muros, acudid. Ved a estas jóvenes que con sus gritos suplicantes os llaman porque temen la esclavitud. Soldados a quienes la ira inflama se precipitan sobre nosotros como irritadas olas. ¡Oh Júpiter, salvad a Tebas de sus manos!

Los hijos de Argos asedian el trono de Cadmo. Las armas, los carros, los corceles forman un ruido confuso que anuncia la muerte. Siete guerreros, siete jefes del ejército se han distribuido entre sí el ataque de las puertas. Hija de Júpiter, guerrera invencible, Minerva, combate en nuestra defensa. Y tú, dios de los mares, Neptuno, creador del corcel, que con

tu tridente pones en fuga a los monstruos marinos, calma nuestras alarmas y nuestro espanto. También te imploramos, Marte. ¡Oh Marte! toma bajo tu guarda y bajo tu protección los muros que el hijo de Agenor ha construido. Reina de Chipre, tú, cuya hija casó con Cadmo, ¡oh Venus! ven también en nuestra ayuda. Tu sangre corre por nuestras venas; enternécante nuestras plegarias.

Soberano del Liceo, escucha nuestras quejas; lanza todas tus flechas sobre el enemigo. Y tú, hija de Latona, ¡oh Diana! objeto de nuestro culto, prepara tu arco.

¡Ah! esto es hecho; los carros se acercan. ¡Oh venerable Juno, los ejes chirrían bajo el peso! ¡El aire agitado por las armas se estremece! ¿Qué será de esta ciudad infortunada? ¿Qué suerte la reservan los dioses? Un diluvio de piedras cae ya sobre nuestras torres. Ya el sonido del bronce resuena en las puertas; los horrores de la muerte avanzan. ¡Oh diosas siempre victoriosas! ¡oh Minerva a quien adoran los tebanos, ármate en su favor! ¡oh vosotros todos los que habitáis el Olimpo, no nos entreguéis a los extranjeros! Tened piedad de los llantos del sexo débil. La justicia y la piedad os hablan en pro de los tebanos; dioses a quienes reverenciamos, dioses a quienes amamos, haced ver hoy que no rechazáis nuestros home-

najes. Salvadnos, salvad vuestros templos. Acordaos de una ciudad en donde tantos juegos y sacrificios os son ofrecidos.

ESQUILO.



**Batalla de
Salamina**

EL ENVIADO

Un genio maléfico, una divinidad fatal a los Persas, ha comenzado el combate. Un soldado del ejército ateniense vino a decir al rey que los griegos, aterrados, esperaban las sombras de la noche, para librarse con la fuga de una muerte segura. Creyendo Jerjes esto, no desconfió de los dioses, ni de la sinceridad del soldado, y ordenó a todos los jefes que, tan pronto como el sol hubiera abandonado a los oscuros velos de la noche, los cielos,

cerrase todos los pasajes con los barcos colocados en tres líneas, y que el resto de la flota embistiese por todos lados la isla de Ajax. Esto debía costar la vida a los oficiales encargados de esta orden, si los griegos conseguían escaparse. El rey daba estas disposiciones con seguridad. No preveía lo que le preparaban los dioses. Fueron ejecutadas sin negligencia y sin confusión. Las tropas se abastecieron y los pilotos lo prepararon todo en sus barcos. Cuando los rayos del sol hubieron desaparecido y la noche profunda envolvió el cielo, colocáronse los remeros en sus bancos y ocuparon su puesto los soldados. Todos se animaban mutuamente. Levaron anclas, se marcha en fila, y a favor de la obscuridad disponen los comandantes sus barcos según las órdenes del rey. Sin embargo, la noche avanza y los griegos no piensan en huir. La aurora con sus luces ilumina la tierra y el cielo. En esto parte de la armada griega un grito penetrante que las rocas de la isla nos devuelven con estrépito. Engañados los persas en su proyecto, quedan aterrorizados. El grito de los enemigos no era el clamor confuso que anuncia la huida; era la señal del combate; el son de la trompeta les enardece; la onda gime bajo los remos. Todos sus barcos se despliegan frente a nosotros. El ala derecha es

la primera que se pone en movimiento; síguela el resto de la flota. Por todas partes oímos circular estas palabras: "Vamos, soldados griegos, salvad vuestra patria, salvad vuestros hijos, vuestras mujeres, los templos de vuestros dioses y los sepulcros de vuestros antepasados. Un solo combate decidirá su suerte." Respondemos con nuestros habituales gritos. Es preciso apresurarse. Las proas de bronce se tocan. Los griegos comienzan el choque. Uno de sus barcos aborda a un buque fenicio. Los demás atacan cada uno el suyo. Nuestra flota sostiene con éxito su primer esfuerzo, pero encontrándose nuestros barcos encerrados en el estrecho, no podían auxiliarse mutuamente. Se entrechocan, y los remos se rompen. Los griegos, siempre en buen orden, nos exterminan por todos lados. Nuestros barcos son volcados, se van a pique. El mar desaparece bajo un montón prodigioso de despojos flotantes y de muertos. Las costas, los escollos vecinos, están cubiertos de cadáveres; el desorden comienza entre los Persas: huyen. Los griegos los persiguen como a animales espantados, los hieren, los aplastan, los matan con pedazos de armas y con rotos remos. Voces lastimeras, espantosos alaridos se oyen sobre las ondas; la carnicería dura hasta la noche. No,

diez días completos no me bastarían para relatar las pérdidas que sufrimos. Sabe solamente que jamás en un solo día han perecido tantos mortales.

ESQUILO.



Filoctetes

NEOPTOLEMO

No es posible, obedezco a los que mandan;
el interés común e inexcusable,
deber que juzgo mío de este modo,
a obedecer me obligan.

FILOCTETES

¡Oh, cobarde
artífice de negras acechanzas,
ser cruel y malévolos! ¡Qué arte
el que usas y cuál me has engañado!
¡No sientes el rubor así mirándome;
la vergüenza en el rostro? ¡Y yo que humilde
tu piedad imploraba! ¡Miserable!
Arrebatar astuto de mi diestra

este arco, la vida es arrancarme.
 Te lo ruego, devuélvelo, hijo mío;
 en nombre de las ínclitas deidades
 de la patria, del medio no me prives
 con que mi vida puede sustentarse.
 ¡Ay de mí! mas su labio ha enmudecido;
 su vista de mí aparta; evita hablarme.
 ¡Oh riberas, oh altivos promontorios
 de esta isla! y también fieras salvajes
 que habitáis estos montes, rocas áridas,
 ¿a quién si no a vosotros hoy mis ayes
 dirigir y mi acento? Sí, a vosotros,
 acostumbrados tanto a mi lenguaje,
 denunció la traición, el vil engaño
 de este hijo de Aquiles. El llevarme
 ha jurado a mi patria, y me conduce
 ante el muro de Troya. Y el infame
 cuando en premio de fe puso su mano
 en la mía ¡esto es luego lo que hace!
 Después de que logró tener mis flechas,
 sacras armas de Hércules, que padre
 llama a Júpiter, luego allí mostrarlas
 pretende a las miradas arrogantes
 de los griegos, y ejerce la violencia
 conmigo, cual si igual fuese el combate;
 cual si fuera a vencer a un hombre fuerte
 y lleno de vigor; pero no sabe
 que a un muerto da la muerte; a un leve humo;
 sólo a un vano fantasma. Aun así, hallándome
 sin fuerzas, no pudiera, no, vencerme,
 sino tan sólo con ardid infame,
 pues que tan débil como soy, ya es vana
 su torpe pretensión. ¡Ay, cuán fatales
 infortunios los míos! ¡Ay desdichado!
 ¡Víctima soy de sus inicuas artes!
 Vuelve en ti y esas armas no me niegues,
 no quieras ser pequeño siendo grande.
 ¿Qué dices? ¿nada dices? Tu silencio
 no interrumpes. ¡Perdido llego a hallarme!
 ¡Oh gruta, árida gruta, a ti ya torno
 privado de mis armas y encontrándome
 sin medios de vivir; en este antro
 consumiré mi vida miserable

solo y triste: carezco de mis flechas
 para matar las fieras y las aves!
 Yo al contrario seré quien alimento
 he de dar, a las bestias más salvajes
 llegando a ser, quien diestro las cazaba,
 la presa en quien al fin han de cebarse,
 en feroz represalia vengativas:
 ellas con gozo verterán mi sangre,
 merced todo a este hombre, que parece
 ignorar lo que daña. En este instante
 ¡ah! no te doy mi maldición: aun quiero
 saber si te arrepientes de tu infame
 perfidia; y si así tal vez no fuera,
 ¡miserable muerte, maldecido, halles!

SOFOCLES.



Edipo Rey

EDIPO

¡Oh, riqueza, poder del trono, dones supremos del espíritu, que arrojáis sobre la vida un brillo tan peligroso, que necesario es que la envidia vele incesantemente a tu alrededor cuando Creón, que primeramente tuvo toda mi confianza y se mostró como mi amigo, ahora, envidioso de este trono que yo no he pedido, sino que los tebanos me han dado, ahora no tiene otro deseo que el de arrojarme de él; y en la secreta trama en

que me envuelve, se sirve contra mí de ese pretendido adivino, de ese impostor artificioso, de ese mendigo abyecto, que no sabe ver más que el dinero, estando ciego para su arte! . . . Pero, dime ¿cómo es posible que seas tan hábil adivino, y que en los tiempos en que la esfinge hacía oír aquí sus cantos fúnebres no descubrieras medio alguno de librar de ella a tu patria? ¿era preciso dejar a un extranjero el cuidado de descifrar los enigmas de ese mónstruo? ¿no debías haber empleado en ello tus profecías? Y sin embargo, ni tus pájaros ni tus dioses te comunicaron nada a este respecto. Fue Edipo, fuí yo el que, llegando aquí y sin saber nada de lo que a tu arte se refiere, supe vencer a aquel mónstruo, no por el vuelo de las aves, sino por la penetración de mi espíritu; y, sin embargo, a mí es a quien quieres hoy derribar del trono, con la esperanza de que tendrías a él un libre acceso si lo ocupase Creón. Mas espero que tú y tu cómplice habréis de arrepentiros de haber formado contra mí esta conjuración, y si no mirase tus años, habrías ya reconocido con tu suplicio la vanidad de tus esperanzas.

EL CORO

En medio de nuestras conjeturas, príncipe, vemos perfectamente que sólo la cólera ha podido dictar seme-

jante lenguaje a vosotros dos. Dejémonos de inútiles frases y pensemos solamente en el medio más acertado de cumplir el oráculo.

TIRESIAS

Por más que seas Rey, Edipo, te responderé como si fueras mi igual, que en esto mi poder es tan grande como el tuyo. No soy tu esclavo, como no lo sería de Creón si llegase a reinar; no sirvo más que a Apolo. Me has ultrajado, me reprochas la pérdida de mis ojos; los tuyos están abiertos, es verdad, pero no ves en qué males te precipitas, en qué mansión vives ni con quién estás viviendo. . . ¿Sabes quiénes son tus padres? ignoras que eres el enemigo de los tuyos, de los que están entre los muertos y de los que aun viven en la tierra. Las dos furias vengadoras de una madre y de un padre te herirán a la vez y pronto te obligarán a salir de esta comarca. Ahora ves el día y pronto no verás sino tinieblas. ¿Qué ribera, qué antro del Citerón no responderá pronto a tus gritos dolorosos, cuando sepas cuál es el terrible himeneo en que habías creído encontrar un puerto tranquilo? Desconoces esa cadena de horrores que te une a tus hijos y tus hijos a ti; después de esto persíguenos a Creón y a mí, ya

que, al fin, entre todos los mortales perseguidos por el infortunio, no habrá ninguno tan criminal como tú.

Sófocles.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Electra

ELECTRA Y ORESTES

ELECTRA

¡Oh tú, que por un regreso tan largo tiempo deseado, vienes al fin a mostrarte a mis ojos!, dignate, después de los males que he sufrido . . .

ORESTES

¿Qué quieres?

ELECTRA

No privarme de los transportes que me causa una vista tan agradable.

ORESTES

Lejos de privarte de ella, no se lo perdonaría a quien quisiese intentarlo.

ELECTRA

¿Los apruebas, pues?

ORESTES

¿Puedo hacer otra cosa?

ELECTRA

¡Oh amigas mías! ¿habré oído esta voz que ya no esperaba oír resonar y podría, al escucharla, no prorrumpir en gritos y transportes de júbilo? . . . Hermano mío, al fin te tengo; reapareces con esas facciones tan queridas cuya imagen conservaba en medio de las más grandes aflicciones.

ORESTES

Dejémonos de frases superfluas; no me hables de las crueldades de una madre; no me digas cómo Egisto despilfarra los tesoros de la casa paterna, los dispersa y los consume; no es propicio el momento para hablar de tales cosas; dime más bien lo que conviene en estas circunstancias; dime cómo, ocultándonos o dejándonos ver, podremos penetrar en ese palacio y hacer cesar en él la insolente alegría de nuestros enemigos; cómo cuando entremos en él podrás impedir que la alegría pintada en tu rostro no te

venda a los ojos de tu madre. Vuelve a gemir como antes por mi muerte falsamente anunciada; y cuando la fortuna haya favorecido nuestra empresa, entonces daremos rienda suelta a nuestra dicha y a nuestros transportes.

ELECTRA

¡Oh hermano mío! ¡yo no puedo querer sino lo que tú quieras! de tí es de quien procede mi alegría, que no de mí, y no quisiera, ni aun a costa del mayor bien, causarte la menor pena; sería servir mal al dios que hoy nos asiste. ¿Pero sabes lo que ocurre en esa morada? sin duda se te ha dicho que Egisto está ausente y que mi madre está en el palacio. No temas que ella perciba en mi rostro la sonrisa de la dicha; un odio inveterado secó mi corazón y, desde que te he visto, no puedo impedir que se mezclen lágrimas a mi alegría, ¿y cómo podría impedirlo cuando en el mismo día te he visto muerto y vivo? Este inesperado regreso me ha impresionado de tal suerte que si me dijeran que mi padre había resucitado lo creería sin dificultad y no sería ya a mis ojos un prodigio. Mas ya que al fin tan feliz regreso te ha vuelto a mi lado, guíanos a tu talante. Si hubiese estado sola, mi elección estaba hecha: hubiera sabido, o gloriosamente libertarme, o perecer.

ORESTES

Te repito que guardes silencio; oigo que sale alguien de ese palacio.

ELECTRA

Id, extranjero, llevad a esa morada lo que van a apresurarse a recibir, pero que no se recibirá sin duelo.

SOFOGLES.



Hécuba

IMPREGACIONES DE HECUBA

HECUBA

¡Y qué! ¿puedes justificar tu conducta? Procediendo conmigo como acabas de confesar, no es el bien lo que me haces, sino todo el mal posible. ¡Lejos de mí, oradores populares! raza ingrata que no buscáis más que los honores, y que por complacer a la multitud, no vacilaríais en sacrificar a vuestros amigos. Pero, sin embargo, ¿qué sutil engaño ha podido persuadir a los griegos de que debían sacrificar a mi hija? ¿Qué les obliga

a verter la sangre humana sobre un monumento que debía regar la sangre de las hecatombes? ¿Es justo verter la sangre de mi hija para expiar la muerte de Aquiles? Jamás ofendió a nadie. Es Helena a quien la sombra debe perseguir; es ella quien le ha hecho sucumbir y quien le llevó ante Troya. Si le es necesaria una prisionera, si la belleza le atrae, que cese de pedir nuestra sangre. La hija de Tindaro sobrepuja a la mía en atractivos; ¿son sus faltas menores que las nuestras?—Hasta aquí he hecho hablar a la justicia, pero sabes bien a qué precio debes pagar mis servicios. Cogías mi mano, dices; estabas a mis pies como un suplicante; ¡y bien! ahora soy yo quien te suplica; soy, en fin, quien implora la gracia que me pedías entonces. ¡Ah! no arranques mi hija de entre mis brazos; no inmoléis a mi hija; hay bastante con tantos otros muertos. Por ella soy dichosa, y he olvidado todas mis desgracias; sólo ella endulza los pesares de tanta pérdida cruel. Es mi patria, mi alimento, mi guía, el apoyo de mi vejez. Es preciso que los soberanos no den órdenes injustas, que no piensen más que en que su prosperidad sea inalterable. Yo misma lo era en otro tiempo; ahora todo ha terminado . . . Toda mi felicidad . . . la ha destruido un día. ¡Oh, tú que oyes mis tiernas súplicas! res-

peta mi vejez, ten piedad de mis males, vuelve hacia el ejército de los griegos, diles que es un oprobio hacer perecer a las mujeres arrancadas al pie de los altares, mas libertadas de la carnicería por su generosa piedad. Vuestra ley respeta lo mismo la sangre del hombre libre y la del esclavo.

Habla: a falta de razonamientos y de elocuencia, tu rango arrastrará los sufragios; el mismo discurso, en la boca de un hombre obscuro o en la de un hombre considerado, produce impresiones diferentes.

EURIPIDES.





Orestes

DELIRIO DE ORESTE

ORESTES

Si no se oculta a mi vista . . . ¿no oyes? ¿no ves partir de ese arco infalible la alada flecha? . . . ¡Ah! . . . ¡Ah! . . . ¿Qué esperas todavía? hiende el aire con tus alas y no culpes sino a los oráculos de Febo.—¡Ay de mí! ¿por qué estoy tan abatido? ¿por qué me falta la respiración? ¿en dónde estoy? Lejos de mi lecho, extraviado.—Salgo de la agitación de la tormenta para volver a la calma.—¿Por qué lloras, hermana? ¿por qué te cubres el ros-

tro con tu manto? Me reprocho la parte que tomas en mis males y los trastornos a que mi enfermedad expone a tu juventud. ¡Ah! ¡que los infortunios no marchiten tu vida! tú no has hecho sino aprobar mi venganza y yo he sido el único que ha derramado la sangre de una madre. De quien debo quejarme es de Apolo; es el que me ha llevado a esta acción impía y él fue quien me tranquilizó con promesas que no veo cumplir. ¡Ah! si hubiese tenido a mi padre ante mis ojos y hubiera podido consultarle a él mismo y preguntarle si debía vengar su muerte con la de mi madre, me hubiese conjurado, con lágrimas en los ojos, a perdonar el vientre que me ha llevado, puesto que su sangre no podía volverle a la vida y debía costarme tantos males.—Descubre tu rostro, hermana mía, y contén tus lágrimas, sean las que fueren nuestras desdichas. Cuando ves la desesperación apoderarse de mi alma, a tí corresponde sostener mi flaqueza, mi debilidad, y consolarme; cuando tú gimes, a mi cariño toca calmar tus dolores. ¡Qué grato es auxiliarse de este modo! Ahora, hermana mía, vuelve al palacio, concede algún descanso a tus ojos fatigados por tan larga vigilia, toma algún alimento, que un baño repare tus fuerzas, porque si me veo privado de tus consuelos, si tu

asiduidad en servirme altera tu salud, estamos perdidos. Tú eres mi único recurso; ya ves como los demás me abandonan.

EURIPIDES.





Medea

MEDEA VA A MATAR A SUS HIJOS

MEDEA

¡Oh, queridos hijos! esta es la ciudad y la casa que os servirá de asilo cuando, privados de una tierna madre, la abandonéis a su triste suerte. Y yo, desgraciada fugitiva, no gozaré de la dicha de veros, de saber que sois felices; no prepararé vuestro tálamo nupcial ni recibiréis una esposa de mi mano; tampoco encenderé la sagrada antorcha. ¡Ah, desdichada! ¡Qué castigo el mío!

En vano os he criado; en vano he soportado por vosotros tantas penas y tan tiernas inquietudes; en vano mi seno ha sido desgarrado por el dolor. ¡Ay! en vosotros fundaba mis más dulces esperanzas, mirándoos como el sostén de mi vejez, como los que debían cerrar mis ojos, ser mi corona y mi gloria.

Pero qué, ¿sufriré que se me ultraje impunemente y que mis enemigos se burlen de mi flaqueza? . . . Mi venganza será señalada . . . me arrepiento de mis ideas pusilánimes.—Vosotros, hijos míos, volved al palacio. Que las divinidades a quienes ofendan mis sangrientos sacrificios se retiren. Nada puede ya debilitar mi valor.—Pero, ¡detente, infame! ¿qué vas a hacer?— ¡Oh, desgraciada, vuelve a ser madre y respeta a tus hijos, que ellos son los que constituyen toda la felicidad de tu vida! No, lo juro por las furias infernales, no entregaré mis hijos a mis enemigos para ser objeto de sus ultrajes y su desprecio. La decisión es irrevocable; ya no puedo retroceder. Ceñida la cabeza con la venda fatal y cubierto el cuerpo con la túnica emponzoñada, ya la princesa expira. Sigamos el camino de la muerte y precipitemos en ella a estas víctimas.—Quiero ver otra vez a mis hijos. Acercaos, hijos míos, dadme vuestra mano derecha, que vuestra madre bese esa querida mano, que

mis labios besen vuestra boca inocente. ¡Oh facciones adoradas! ¡Oh rostros en que se pintan la inocencia y el candor! Parecéis formados para ser dichosos . . . ¡Ay! ¡ojalá pudiérais serlo! ¡oh besos deliciosos! ¡qué placer el de sentir palpar sus tiernos corazones y respirar su dulce aliento! . . . ¡Vaya! . . . Salid. No puedo sostener vuestra presencia . . . Tantos horrores me hacen sucumbir. Conozco mis crímenes, me doy cuenta de toda su atrocidad, pero un ciego furor me arrastra y me dejo llevar de él a pesar mío, deplorable víctima de una pasión funesta que en todos los tiempos desoló al universo.

EURIPIDES.





Las Avispas

LA DIGNA DEL JUEZ

FILOCLEON

Para tomar en esta carrera mi punto de partida comienzo por abordar la primera dificultad que se me presenta. Sabido es que soy juez en Atenas. ¡Y aun se duda de si yo reino! Pues qué ¿habrá alguno en el mundo más feliz, más afortunado, más temido y más envidiable, bajo todos los aspectos, que un juez? Al salir de mi casa y sentarme en mi banco, estoy guardado por satélites de talla colosal y por esbirros de cuatro codos de

alto. No tarda en avanzar hacia mí un suplicante que, tocándome las rodillas con una mano, tanto más acariadora cuanto más crímenes haya cometido, me dice en tono patético: ¡Oh padre de los ciudadanos! tened piedad de mí, en nombre de las malversaciones que vos mismo habéis podido cometer, ya en el mundo militar, ya en el aprovisionamiento de las tropas. ¿Y qué sucede? que conmovido por la súplica de ese hombre, le prometo salvarle, y un individuo que no me había visto en su vida encuentra en mí un genio tutelar.

BDELYCLEON

El hecho es curioso y voy a anotarlo en mis tablillas.

FILOCLEON

Después de haber juzgado algunas causas, vuelvo a mi casa cargado de memoriales, y sin el menor rencor aparente contra los culpables, pero decidido interiormente a no hacer nada de lo que les he prometido. Allí me aguardan nuevos clientes y con ellos nuevas adulaciones y nuevos homenajes. Figuraos todas las adulaciones de que es capaz un litigante para con su juez. Uno deplora su poca fortuna y lo hace tan bien que se rebaja por lo menos a mi nivel. Otros toman otros sesgos para agradarme y me recitan algún cuento moderno

o algunas fábulas de Esopo. Otros me dicen algunas buenas ocurrencias de su cosecha para hacerme reír y obligarme a dejar todas mis ideas de cólera y, si todas estas cosas no me conmueven, recurren entonces a los grandes medios: traen a mis pies a sus mujeres y a sus hijos y yo estoy como un ídolo recibiendo sus homenajes. Las mujeres se inclinan y comienzan a dirigirme sus plegarias. Aparece luego el padre que me mira como a su dios y que no teme nada tanto como verme excluir del número de los jueces. Se dirige a mí diciéndome: ¡Oh tú, que te muestras sensible hasta del simple balido de un cordero, escucha, te lo suplico, a este niño! Mas si me muestro insensible a todo esto y el cliente tiene una hija joven, más a propósito para la negociación, es asunto concluido. La joven es escuchada. Pues bien, ¿no es esto una dominación sin límites que vale mucho más que la más opulenta riqueza?

ARISTOFANES.

